

Calle.

Plaza Pública

para el martes 24 de noviembre de 2009

Diario de un espectador

Grandioso Titán

por miguel ángel granados chapa

Usualmente, programar una sinfonía de Mahler implica incluir en la porción inicial de la función un número breve, que sirva de aperitivo al colosal banquete que significa la música del gran compositor alemán. El fin de semana pasado, sin embargo, el pórtico a la música mahleriana fue un número de enorme brillo y gran reputación, el concierto para piano y orquesta número dos de Beethoven, que dista mucho de ser pieza de relleno. Es de agradecer a Alun Francis, el director titular de la Orquesta Filarmónica de la UNAM, el que haya rectificado, ya que en sus inicios al frente de este conjunto dio la impresión de tener por el público de la sala Nezahualcóyotl un aprecio menor del que merece, y por eso dio en asestar a sus oyentes música ligera y aun banal. En cambio, el sexto programa de la actual temporada tuvo la categoría que merecen la orquesta, el recinto que es su sede y el público.

Ya ayer nos referimos a la interpretación que de aquel concierto hizo Gustavo Romero, que esta noche se presenta como solista en la sala Carlos Chávez (faena que repetirá pasado mañana en el mismo lugar y también a las veinte horas). Toca ahora dedicar este espacio a la primera sinfonía de Mahler, llamada Titán porque ese es el título de la novela que la inspiró. Como es usual en las grandilocuentes piezas mahlerianas, las trompetas iniciaron su participación fuera del escenario, con sonido distante pero nítido. Como el resto de sus sinfonías, en la primera Mahler demanda emplear a plenitud a toda la orquesta, y hasta propone dotaciones —de cornos, por ejemplo— que resultan superiores a la que regularmente emplea la Ofunam. Ocho cornos fueron parte de la gran presencia de metales y vientos que desplegó el director titular, y a los cuales llamó en primer lugar cuando, al concluir la obra, el público se volcó en aplausos dedicados al conjunto y a las secciones.

“La primera sinfonía —dice Juan Arturo Brennan en el programa de mano— fue escrita por Mahler entre 1884 y 1888, y publicada en 1898. Esta obra guarda una estrecha relación con el ciclo de canciones de Mahler titulado *Lieder eines fahrenden Gesellen* (Canciones de un caminante), compuesto entre 1883 y 1885. En este ciclo, Mahler exploró las contradicciones que hay entre los abismos de la desesperación y las cimas de la alegría. Este elemento de dualidad y contradicción es omnipresente en la obra de Mahler y ha sido muy bien definido por Leonard Bernstein, uno de los máximos intérpretes mahlerianos:

‘Creo que la música de Mahler es más fascinante precisamente por estas inconsistencias. Después de todo, musicalmente hablando, Mahler era un hombre doble, lleno de dualidades, compositor v. director, sofisticado vs inocente, alemán vs bohemio, cristiano vs judío, figura trágica vs alegría infantil, tradición occidental vs visión oriental, textura sinfónica vs naturaleza operística, enorme orquesta vs música de

cámara. Y la lista es interminable. Pero quizá la dualidad mahleriana que hay que tener siempre en mente es la del adulto trágico frente al niño inocente'

“Todas estas dualidades señaladas por Bernstein están ya presentes en el primer trabajo sinfónico de Mahler y la más clara de ellas es que guarde una relación tan cercana con las Canciones de un caminante”

Mahler se basó para componer esa obra en la novela *Titán*, en cuatro volúmenes escrita por el autor alemán Johann Paul Friedrich Richter, que se hizo conocido con el seudónimo de Jean Paul. El hecho de que este autor “explora en el Titán a través de sus personajes las ideas revolucionarias de su tiempo, nos da también una indicación de las preocupaciones intelectuales de Mahler”. Jean Paul “fue básicamente un humorista con gran talento poético, si bien nunca fue un gran poeta”, concluye Brennan.